

Ese mismo año, mientras Hernández herborizaba por la campiña andaluza, Carlos I, enfermo y cansado, abdicaba en su hijo Felipe y se retiraba al extremeño Monasterio de Yuste, en donde fallecería tres años después, en 1558.

Pero, sin duda, el hecho que más afectó a Hernández, en esa época, fue conocer a Benito Arias Montano en los ambientes erasmistas sevillanos que ambos frecuentaban. Este extremeño nacido en Fregenal de la Sierra, se había instalado en la ciudad en 1556, después de pasar ocho años en la Universidad de Alcalá donde se le apreciaba como gran humanista y erudito, conocedor de una docena de lenguas y con una gran pasión por el estudio de la Biblia.

Existían entre Hernández y Montano muchas coincidencias e intereses compartidos. Ambos eran antiguos alumnos de Alcalá, los dos sentían una gran pasión por la naturaleza y la medicina, incluso debieron realizar juntos alguna disección de cadáveres de animales. Fruto de tantas coincidencias, nació una gran amistad que perduraría toda la vida. Es fácil imaginar las horas que compartirían juntos debatiendo sobre los acontecimientos científicos, las nuevas doctrinas de Erasmo y Lutero y las muchas novedades que llegaban del Nuevo Mundo.

Por aquella época ocurrió un acontecimiento que alteró sus apacibles vidas y las de sus amigos humanistas. La Inquisición descubrió a supuestos grupos de luteranos en Sevilla y Valladolid, entre los que se encontraban clérigos, nobles y funcionarios reales muy conocidos. La Inquisición arrestó y condenó a los sospechosos, la Corona decretó una rigurosa ley de censura para Castilla y la Iglesia expidió un nuevo índice de libros prohibidos. Los autos de fe que se sucedieron en Valladolid, a partir de 1559, con una teatral puesta en escena tenían el propósito de ejemplificar, impresionar y disuadir.

En Sevilla, los círculos erasmistas que frecuentaban Hernández y Montano estaban sometidos a vigilancia. De las libres y fructíferas discusiones, se pasó a un ambiente de secretismo, prudencia y de continuo temor a la denuncia. A alguno de sus miembros más significativos, incluido el propio Montano, se les incoa expediente y son encarcelados. Arias Montano salió indemne, pero en diciembre de 1559, viajó hasta la ciudad de León donde profesaría como fraile de la Orden de Santiago, en el convento de San Marcos. Allí permanecerá hasta 1562 en que es enviado como teólogo al Concilio de Trento.

Además, en aquellos días, el destino golpeó con dureza a Hernández, arrebatándole la vida a su esposa

Juana Díaz de Paniagua. Hernández quedó desolado, viudo y con dos hijos: Juan y María. Vivió, entonces, días de tristeza y soledad por la doble pérdida: la de su esposa y la de tantos amigos, dispersos, ocultos o encarcelados. Hubiese dejado a sus hijos al cuidado de algún convento para embarcarse en el primer galeón que partiera hacia América, si su amigo Arias Montano no hubiese logrado disuadirle.

No cuesta imaginar a ambos amigos sentados en una roca debatiendo el futuro de Hernández, ante la cueva donde Arias Montano, siempre que podía, se retiraba a meditar. Se trataba de una cueva en la Peña de Alhajar, un lugar perdido en la Serranía de Huelva, a una jornada de Sevilla donde gustaba vivir como un ermitaño. Allí lo visitó en varias ocasiones Hernández. Es posible que disfrutando del paisaje de encinas y alcornoques que aún hoy se extiende hasta donde se pierde la vista, Montano le sugiriese que si deseaba investigar las plantas y animales del Nuevo Mundo, el mejor camino pasaba por la corte. Si emprendía solo la aventura, jamás gozaría de la libertad y de los medios económicos necesarios. Su proyecto solo era factible con el apoyo de la Corona.

La idea era buena pero Hernández, lleno de dudas y algo desalentado, no entendía cómo un simple médico podría asomarse a la corte más poderosa del mundo y conseguir que el rey Felipe le concediera la autorización administrativa y económica para estudiar la naturaleza del Nuevo Mundo. Pero su amigo encontró la llave de acceso a ese camino soñado: para entrar a formar parte de la corte española sin antecedentes nobles, una senda más rápida y segura era a través del Monasterio de Guadalupe, aprovechando su magnífica formación médica.

Montano mantenía una estrecha relación con el Monasterio a través de su amigo Francisco de Arce que ejercía de cirujano en sus hospitales y en el de Llerena. Por este cauce se enteró y puso en conocimiento de Hernández que en ese momento precisaban un médico seglar, bien formado, para dirigir los hospitales y la Escuela de Medicina.

Esta eventualidad se debía a que desde 1510, unas nuevas Constituciones de la orden Jerónima restringían las responsabilidades de los hermanos legos-médicos, que durante más de dos siglos habían dirigido y convertido a la escuela médica del Monasterio en una de las más innovadoras y reconocidas. Allí acudían incluso monarcas europeos a curarse. Desde las nuevas Constituciones, hubo que reclutar y contratar médicos seglares.

